

VOLVER A MIRAR

“La soledad es mirar a unos ojos que no te miran”

Elvira Sastre

Mi abuela y yo siempre hemos sido más de darnos las pupilas y guardar las manos para salvarnos del golpe. En ocasiones especiales, enlazábamos los meñiques o deslizábamos nuestros brazos por las axilas contiguas para cerrarlos como un candado en el puente de Milvio; por el contrario, jamás, si quiera el acontecimiento más cotidiano me llevó a separar mis ojos de los suyos. Estos se abrían paso ante una orilla de arrugas que encontraba, de vez en cuando, un lagrimal empapado. Las pestañas se edificaban como arbotantes desordenados que nacían del párpado superior para velar por la armonía de dos iris verdes, color que ambas compartimos.

Aquellos días, mirarlos era como visitar una casa vacía, donde alguien se había dejado la televisión encendida y la puerta abierta. Sus facciones se tensaban, ornamentando con muecas dos tragaluces al vacío; se rascaba continuamente, como si tratara de abrirle paso a un escuadrón de golondrinas que habían anidado en su pecho y susurraba salmos inteligibles. No era el primer verano que esto ocurría, pero si aquel en el que descubrí por qué los luceros de los que escribía César Vallejo, en el caso de mi antecesora, se fugaban estivalmente para ser su estela.

La noche de San Juan de aquel año mi abuela abandonó en silencio su casa de piedra para adentrarse en la vera del río. Cuando la encontré, de la hoguera tan solo quedaban las brasas y de mi voz, el grito. La recuerdo descalza, con los pantalones remangados y los tobillos bajo el agua, amparada por congregaciones de juncos. Lejos de lo que consideré en aquel instante, quizá más niña y cuerda que nunca. Bajo el brazo portaba un cuaderno bordado que me entregó antes de abandonar la levedad del cauce, casi avergonzado por fluir. Lo depositó sobre mis manos con sumo cuidado mientras sus retinas me devolvían la imagen de un rostro confuso.

De Ofelia Blanes, “Por las veces que tendré que volver a empezar, por las que tendré que aprender a mirar”. Me senté a los pies de su cama, con la luz y el alma prendidas, escuchando el inquebrantable ritmo de su respiración. No pude evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas para estrellarse con la superficie del papel y arrastrar consigo parte de tinta. Era la letra de mi abuela, entre otras, la que, con pujanza y elegancia, se erguía sobre el papel. Se liberaron de aquel asedio algunas cartas,

sobres vacíos y recortes de periódico; puede que una parte de mí supiera algo de todo lo que aquella madrugada leí, mi nana olía a azahar y yo lo sabía antes de haberlo visto.

Las horas se pisaban los talones, corrían empujando los segundos tratando de alcanzar el amanecer, mientras yo devoraba aquellas líneas. Mis dígitos absorbían finales abruptos y comienzos difíciles, ciclos que se rompían solemnemente para solaparse con otros. Terminé de leer todo aquello cuando los primeros rayos de sol atravesaron los visillos iluminando la imagen de una mujer completamente distinta a la que se había acostado en aquel lugar la noche anterior. Sus párpados temblaron, como lo hacen las gotas de rocío antes de derramarse sobre el césped. Ante aquel aleteo, una fuerza ajena a mi voluntad me llevó a recitar un fragmento de la recopilación que descansaba sobre mi regazo, a salvo de las llamas.

Mi queridísima Ofelia: Te siento tan cerca a pesar de la distancia, pues aquí todo es verde, como tus ojos. En castilla quizá los campos también te recuerden a los míos. Te escribo compungida y aterrada por no ser capaz de contener el dolor que ahora me atañe. Me temo que no podré volver, pues mis padres me obligan a casarme con el muchacho del que te hablé el pasado 23 de junio. He intentado con ímpetu que esta unión no se produjera: he tratado de huir, arrancado todas las matas de su jardín o guardado silencio por semanas; pero este evento resulta inevitable.

Quizá tengas razón una vez más, quizá este siglo no concibe que podamos amarnos. No obstante; una parte de mí se marchita al aceptar que no podremos pasar más veranos juntas, buscarnos entre el gentío, recoger flores silvestres o esperar en el porche a que el día termine. Por ello entrego mis pies al Arlanzón y a las veredas de los caminos, mis piernas a las carreras colina abajo, mi piel al frío visceral de Burgos, mis huesos a tu tierra, mis cartas a tu buzón y mis ojos a los tuyos. Si tengo que volver a empezar aquí, será otra y no yo la que lo haga; si tengo que volver a mirar, será a través de los ojos de otra y no por los míos.

Solo te pido, en esta última carta, que sean las ventanas de tu alma las que comuniquen con mi patio. Que en las vidas que te quedan por vivir, me halles con tus ojos y compartas conmigo los lugares que visites, las personas que ames y los versos que leas; los hijos que tengas, las guerras que sufras y los postres que comas. Vuelve a empezar, Ofelia, pues eso haré yo y recuerda que en la memoria nadie muere.

Esbozó una tímida sonrisa, acercando la colcha a su mentón, enterrando sus cabellos blancos bajo esta. Yo me acomodé entre las sábanas y nos miramos un largo rato, éramos dos niñas cómplices. Cuántas flores.

Everett Millais